

El lenguaje en la Medicina

THE LANGUAGE OF MEDICINE

Blas Gil Extremera

Servicio de Medicina Interna. Hospital Universitario San Cecilio. Granada, España.

Vivimos una inquietante paradoja lingüística: si en España es común la desatención y uso ignorante del idioma por profesionales de la comunicación: periodistas, comentaristas, locutores, presentadores, analistas, etc.-; políticos y otros colectivos; en el resto del mundo ocurre justo lo contrario; o sea, el imparable aumento del español, de manera que muy verosímelmente en las tres próximas décadas desplace al inglés de su hegemónica posición. Nuestra lengua es más antigua, versátil y expresiva que el inglés y el francés. Más arduo y difícil es traducir Cervantes que Shakespeare o Molière. Mi interés por el asunto idiomático viene de lejos. Hace tres décadas la evaluación de la asignatura Patología y Clínica Médicas, que hacíamos con preguntas de redacción larga, hubimos de cambiar a las de elección múltiple (test), por tres razones discentes: a) mala caligrafía, -en ocasiones ininteligible-; b) generosas faltas de ortografía y, c) pobres recursos narrativos. Para el profesorado la situación nos resultaba hartamente penosa.

El problema habría que retrotraerlo, entre otros motivos, a los desafortunados planes de enseñanza secundaria que además, han empeorado con el tiempo; así, el reciente informe PISA (Programme for International Student Assessment) sitúa a España en los últimos lugares de los países de nuestro entorno. Entre las causas del problema se cuentan el esnobismo, la escasa atención a la lectura, la masiva incorporación de extranjerismos, la estulticia y la actitud mendaz e ignorante de ciertos políticos. A esta línea, de desánimo se suman los nacionalismos autoritarios y dogmáticos que intentan eliminar de sus lares la lengua de Cervantes en pro de lo vernáculo, de nula presencia en el plano internacional. El asfixiante clima contra el español, ha

alcanzado el esperpento con la reciente estulticia del Senado de introducir en sus sesiones las cuatro lenguas dialectales para comunicar entre sí a ciudadanos que hablan y entienden la lengua común: el español.

En el XXIII Congreso de SEMI, 1998, del que fui Presidente, propuse al Comité Organizador como conferencia de clausura, al Académico de la Lengua D. Gregorio Salvador Caja, que llevó por título: "La importancia del lenguaje en la medicina". Resultó una experiencia gratificante, amena y pedagógica sobre algunos de los diversos problemas que éste artículo plantea. Personalmente, en la docencia -segundo ciclo de medicina, residentes, doctorandos y facultativos, en general-, trato de incardinar a la formación la importancia de cuidar, proteger y mejorar la presencia del español que hablamos y escribimos; por ejemplo, en los tres últimos años vengo dirigiendo un curso del doctorado titulado: Cómo hablar y cómo escribir en medicina que incluye entre otros contenidos: La fuerza de la palabra; Mitos, tópicos, sentencias y refranes; Anglicismos y voces foráneas, Técnica oratoria, Voces parónimas y polisémicas; etc. Y, en la reciente Reunión de Jefes de Servicio y de Unidades celebrada en Córdoba manifesté esta preocupación y propuse a la nueva Junta Directiva de SEMI el crear una "Comisión de estilo" que vigile y dé oportuna y cuidada forma a todos y cada uno de los documentos, normativas, programas boletines y guías terapéuticas, lo que redundaría, sin duda, en la mejora literaria de los textos, de los artículos científicos y los proyectos de investigación presentados a las diversas convocatorias nacionales. Anacolutos, solecismos, digresiones, pobreza lingüística y "también algo más" (et aliquid pluris), deben evitarse para no quedar "atrapados" en el viejo adagio: "El médico que

sólo sabe de medicina...”.

La perspectiva docente comprende todas las ramas del saber. De la filosofía, a la psicología, de la historia a las artes; y naturalmente, la medicina cuyo pilar fundamental es la palabra. Esta es clave e insustituible en todo acto médico y pedagógico: enseñanza y aprendizaje. La palabra es savia nutricia del pensamiento en sus variadas formas expresivas, desde la oratoria seductora –intelectual, científica, de credo, etc.,- a la forma escrita en sus diversas y sutiles formas narrativas. El verbo ha sido magnificado por eruditos, científicos, bardos, narradores y otros exponentes de la actividad intelectual. En las letras es el alma, y así lo entendió el autor de obras imperecederas como, *En busca del tiempo perdido*, y, *Los placeres y los días*. Su autor, Marcel Proust (1871-1922) afirmaba: “la verdadera vida, la vida por fin esclarecida y descubierta, la única vida por lo tanto plenamente vivida, es la literatura”. No exageraba el autor de Jean Santeuil, pues venía a decir que gracias a la palabra la vida se entiende y se vive mejor. La idea extrapolada a la actividad clínica llega hasta Hipócrates y su tiempo. En todos los casos, la voz, la palabra, juega un papel fundamental y vital para el médico. Esta es ineludible en el contacto con los pacientes, familiares, alumnos, y en general con la sociedad. El enfermo gracias al lenguaje puede expresar sus sentimientos, decir los males que le afligen y manifestar la angustia que oprime su corazón. De igual forma, a través del recurso oral el galeno enseña, informa, aconseja, orienta, anima, consuela y establece las medidas a seguir en cada caso: prevención, semiología, diagnóstico, pronóstico, consejos generales; y, hábitos y estilo de vida, para alcanzar la terapéutica más eficaz, oportuna y valiosa en favor del paciente.

La forma escrita, complemento de la oral, es insustituible en la profesión; *verbi gratia*: dictámenes, documentos, notas explicativas, informes, cartas, artículos, misivas, manuscritos, actas, cédulas, textos o compilaciones librescas. En todo ello, el dominio de la terminología, léxico, morfemas, es clave para evitar barbarismos, extranjerismos –anglicismos, sobre todo- y modismos agresores de nuestra lengua; por ejemplo, la traducción literal de voces inglesas como, “management” es incorrecta y lato sensu implantada, para nuestra desgracia, en el ámbito médico por “manejo”; “event” por el desdichado “evento”; o “score” por “puntuación”, son algunos de los múltiples

dislates que a tropel la dejadez e ignorancia han aherrojado en nuestra lengua. El empleo de estos términos viene dado, unas veces, por el afán esnobista de “estar a la última”; castigando con fruición a oyentes y lectores, numerosos oradores, “comunicadores”, docentes y pulcros ejecutivos impresionados por la “fiebre del inglés” que consideran –craso error- causar impacto al expresarse, en parte, en inglés. Una vez propalados por los “eruditos de salón”, los yerros corren veloces para germinar inconscientemente en la masa hablante, acrítica, que sigue los dictados de la moda, porque ignora el meollo de la verdadera cultura. De esta germanía destaca una palabra, que merece atención por su prodigalidad en artículos, monografías, libros, conferencias, charlas, congresos, y sesiones de todo tipo. Me refiero a severo/ra, tomada de la voz inglesa severe. En la lengua de Shakespeare encierra el concepto de grave o de enfermedad seria. Y, así debe traducirse al español, porque la sinonimia de severo es: riguroso, áspero, duro, exacto, puntual, rígido, mesurado, o estricto; por ejemplo, la hemorragia es grave, pero el paciente puede ser severo. Es este, ejemplo de las numerosas incorporaciones idiomáticas: innecesarias una veces, perjudiciales otras e impertinentes las más.

“Cómo hablar y cómo escribir” debe ser motivo de interés y preocupación para toda persona. El alto número actividades: congresos, conferencias, reuniones científicas y labores docentes obliga a adquirir adecuada destreza verbal, que pasa, inequívocamente por poseer un rico vocabulario, correcta sintaxis y pertinente capacidad expresiva. La claridad expositiva se apoya, además, en la buena dicción y en un lenguaje claro, directo y sin ornamentos estériles. La penuria lingüística, enfermedad por lo demás frecuente, obliga al que la sufre, a realizar amplios circunloquios y constantes y pesadas repeticiones. En este sentido, cabe recordar la feliz sentencia de Somerset Maugham: “es terrible carecer de medios de expresarse, tener que guardar secretos los propios sentimientos”. Es cierto que el médico está “condenado” a hablar y escribir correctamente; pero también es cierto que su salvación viene a ser sencilla, consiste en: *ileer, leer y leer!*; ya que a diferencia de Fausto para conseguirlo no precisa entregar su alma al diablo. ¡Afortunados los que gozan de lo que poseen! (*beati possidentles*).

Otro asunto de primordial atención es el abusivo uso de mayúsculas consecuencia de

la literal traducción de textos, especialmente norteamericanos, que anegan libros, revistas, monografías, estatutos, órdenes ministeriales, informes, programas congresuales, seminarios, y simposia, entre otros. Sustantivos como: trombosis, hemorragia, diabetes o neoplasia, figuran con asaz frecuencia en mayúscula, independientemente de la posición que ocupen en la oración; cuando según las reglas del lenguaje y la correcta ortografía debieran aparecer en minúscula. Por desgracia, pocas veces se respeta la norma -¿desidia, esnobismo, ignorancia?-. La Real Academia establece directrices precisas para utilizar correctamente las mayúsculas y minúsculas según "el arte de escribir" que aparecen recogidas en las páginas de Ortografía de la lengua española. Veamos algunos ejemplos de palabras en mayúscula: nombres de pila e hipocorísticos, seudónimos, apellidos y alias, sobrenombres, lugares geográficos -ciudades, municipios, regiones, países-, instituciones, organismos y fundaciones públicas o privadas, autoridades eclesiásticas, civiles, académicas o de otra índole (Papa, Rey, Gobernador, Alcalde, Presidente); distinciones, premios, títulos y cargos, personajes de ficción, deidades, y seres del ámbito religioso, entre otros.

El pedir cordura y conocimientos para el adecuado uso de la lengua no significa, por otro lado, negar rígidamente la entrada a toda palabra foránea, ya que en determinados casos puede servir para fertilizar el idioma propio. La permanente actualización, vigilada y controlada por los expertos, ayuda a mantener viva la lengua. Voltaire lo decía de forma clara y precisa: "le purisme est toujours pauvre" ("el purismo es siempre pobre"). En España, el padre Feijóo se expresaba en estos términos: "los que a todas voces peregrinas niegan la entrada en nuestra locución, llaman a esto austeridad, pureza de la lengua castellana. ... ¡Pureza! Antes se debiera llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad".

Pero, muchos intentan justificar el uso de términos inadecuados con la excusa del, "qué importa, si nos entendemos." ¡Pues claro que importa y mucho! En primer lugar, porque como afirmaba Lázaro Carreter, el idioma no es nuestro, sino que es compartido por numerosas naciones y millones de personas en todo el orbe; segundo, si se usa mal, dificultará el entendernos con los demás; y, tercero, porque al igual que en otras facetas de la vida es mandatorio conducirnos con libertad de expresión y no dejarnos arrastrar

por el conformismo y el proselitismo de "lo correcto". El uso adecuado de la lengua no es sólo cuestión de estética y adorno sino que afecta a las raíces mismas de la sociedad. Por el bien de todos, es pertinente denunciar y eliminar las taras lingüísticas, por erróneas y nocivas para la actividad docente, clínica, investigadora, divulgativa y epistolar. Hace largo tiempo, Platón (siglo IV a.C.) en su obra (Diálogos, Apología de Sócrates, Criton, Laques, Fedon), entre otras cuestiones, se ocupaba del lenguaje y se formulaba algunas cuestiones como, ¿en qué relación se halla el lenguaje con el pensamiento, la palabra frente al concepto?, ¿cómo se forma justamente un lenguaje? A través de Cratilo respondía, "los nombres son el medio que conduce al conocimiento de las cosas". Platón rechazaba el origen divino del lenguaje para considerarlo una invención del hombre y necesario para la convivencia en sociedad, así como su papel en el arte, la jurisprudencia, el culto religioso o las relaciones afectivas. El sabio griego insistía en la importancia de la palabra desde la morfosintaxis, la semántica, la fonética y la preocupación eufónica, que denominaba "ornamentación"; precisión terminológica, léxico, vocabulario, giros gramaticales, etc. Es decir, el problema del lenguaje y su correcta utilización no es asunto de ahora, sino que ha preocupado a doctos personajes desde los tiempos más remotos.

Una recomendación válida es la oportuna y constante lectura de las grandes obras literarias, así como textos y títulos sugerentes: Cómo hablar en público o Como escribir un texto médico, por ejemplo. Gracias a esta saludable costumbre pueden corregirse los vicios de expresión oral o escrita. Se trata de breves manuales que de forma sencilla y amena ofrecen consejos, advertencias y recomendaciones para evitar los peligros que asaltan a todo orador o escritor científico, dado que la tarea pedagógica, es sumamente importante para las personas con responsabilidades docentes, asistenciales, académicas o de otra índole. En términos generales, el poseer un rico bagaje de conocimientos e instrumentos adecuados para transmitirlos es clave para todo profesional, pues, una trayectoria profesional deberá enfrentarse, con frecuencia, al gratificante acto de enseñar. En este proceso no deben olvidarse aspectos esenciales al uso del español, así como la rica terminología médica cuyas raíces se hunden en las épocas griega y latina. Las infracciones de la lengua infieren dos graves consecuencias: a) perseverar en el error, y, b) contagiarlo a un

público dócil y poco ilustrado. Los titubeos idiomáticos pueden tener difícil remedio cuando persisten una vez concluidos los estudios universitarios y se ha tenido, además, hacia la lengua una postura "distante". Es dramática la situación cuando los errores no se han corregido en la etapa escolar, ni tampoco se han solucionado en los estudios superiores. Resulta desoladora la fé en lo "espontáneo" –lo producido sin cultivo ni cuidado–, como si ello fuera sinónimo de dominio, ingenio o improvisación talentosa. Se estima virtuosismo lo primero que viene a la pluma (a la tecla, ahora) dándosele respeto reverencial para colocarlo en orden jerárquico superior a lo que es fruto de la reflexión, el trabajo y el estudio. Se tiende a creer, por defensores del pensamiento absolutista o único, que el lenguaje laxo, inconsistente e irreflexivo conecta más con el auditorio y los lectores, por una supuesta mayor "cercanía". Con semejante vocablo, inmisericorde castigan a diario nuestros oídos locutores, políticos y oradores de toda condición.

También considero importante llamar la atención sobre otro problema vigente: el desacertado uso del término, "lengua castellana", en lugar de, "lengua española". La controversia no es nueva, se remonta a siglos atrás. Si a todos nos parece obvio que en la vecina Francia, a su idioma se le denomine, francés –lengua derivada del dialecto que se hablaba en la Île –de-France–; italiano a la lengua del país transalpino; inglés, a la voz de las Islas; de igual manera la lengua que se habla en España tiene su propio nombre, y éste, no es otro que: español. Hay que denominar a las cosas por su nombre aunque se enojen los airados nacionalistas del edén vernáculo. El sentido común, amén de razones históricas, lingüísticas y de obvia utilidad señalan que el nombre de nuestra lengua es, español –no castellano– que nos une a todos, no sólo a los españoles; una lengua que cruza océanos y ofrece crecimiento constante en muchos países del planeta.

Es inaceptable que así como el español es estudiado, hablado y admirado; es decir, nuestro mejor embajador y regalo para el mundo; por el contrario, en ciertos lugares de España se le intente amordazar por nacionalismos intransigentes. Cela afirmaba: "el castellano es el bellísimo español que se habla en Castilla"; y ese bellísimo idioma que hablamos unos quinientos millones de personas en todo el orbe, se llama, español. En esta línea de

defensa y exaltación del español se ha pronunciado, obviamente, el reciente Nobel de literatura: Mario Vargas Llosa.

Las naciones del mundo saben que el "español" es la lengua que se habla en la cuasi totalidad de la península ibérica, en Ceuta y Melilla, en las islas Canarias, las Baleares y la mayor parte del continente americano. Cuando nos expresamos en cualquier otro idioma –alemán, inglés, francés, italiano o ruso– al referirnos al nuestro, utilizamos la traducción del vocablo, español. Y, sin embargo, ¿por qué no todos usan la apropiada expresión: lengua española?, pese a que el asunto lo dejó zanjado definitivamente en 1918 Menéndez Pidal cuando afirmaba: "Puestos a escoger entre los dos nombres la lengua española y la lengua castellana, hay que desechar este segundo por muy impropio. Usada (la denominación lengua española) desde la Edad Media, vino a hacerse más oportuno en el Siglo de Oro de nuestra literatura, cuando ya la nación contaba de los reinos de León, Castilla, Aragón y Navarra unidos. Si Castilla fue el alma de esta unidad, los otros reinos colaboraron en el perfeccionamiento de la lengua literaria, bastando recordar en la literatura clásica nombres navarros, aragoneses y valencianos como Huarte, Argensola, Gracián, Gil Polo y Guillén de Castro...".

Por tanto, nefasto favor hicieron a la causa del español los padres conscriptí (senadores) en el artículo 3.1 (título preliminar) de la constitución española, que lo dejaron así: "El castellano es la lengua oficial del Estado". Insisto, estos conspicuos políticos "no podían" desairar a ciertas minorías; esas que rehúsan la palabra español y tratan de imponer el término castellano; aunque fuera de España se obligan, a su pesar, a decir español. Tristemente, en esta hermosa tierra –cuna de héroes, artistas y talentos– decir España, no parece "correcto", y según el vigente dislate de pseudointelectuales, "progres", y políticos desnortados hacia el español emplean despectivamente "este país", "el estado", o el súmmum, "a nivel de estado". Es obvio, que nadie acepta que por su nombre, se le aplique el soniquete: "este individuo". Cargado de razón se rebelará ante semejante desaire. En cambio, ¿se debe tolerar que a España, la vitupere la turbamulta de periodistas, artistas, locutores, políticos y toda la progresía al uso; que, además, pretenden "educarnos" en lo "correcto" y "moderno"? Hay que rechazar de plano esta ignorancia idiomática.

Ciertos prebostes prefieren la blandenguería de la "corrección política" en detrimento de la fuerza y la razón de la lengua. La soberbia y la ignorancia les hace rechazar la opinión de los que "saben" -los señores de la Academia de la Lengua- para favorecer, en cambio, intereses dudosos o espúreos. La palabra es el vehículo de las ideas y su preservación está en los textos. Sin palabras no puede evocarse el pasado que estaría difuminado por las brumas del olvido. La palabra, expresa ideas, salta ágilmente de bocas a oídos, cruza a velocidad vertiginosa ante millones de seres a manera de vehículo o argamasa de la vida social; la palabra es portadora de pensamientos, afectos, verdades, mentiras, loas, diatribas, sueños, quimeras, y realidades; el poder de la palabra es inaprensible y cuasi infinito. Gracias a la palabra se narran las grandes gestas de la Historia -científicas, religiosas, artísticas o de pensamiento-, pero también la palabra ha sido y es testigo de las mayores atrocidades que ismos extremos y retroalimentados por se vienen asolando a la humanidad toda.

La Real Academia Española, El Instituto Cervantes y otras instituciones culturales, como la Fundación del Español Urgente, mantienen incólumes los cometidos de velar por el correcto uso del español; que es fruto del sedimento del tiempo y nacido de los usos, costumbres y tendencias evolutivas de la sociedad. El español es lengua viva y dinámica que goza de centurias de antigüedad, nacida del latín, la lengua hablada en la península ibérica. En la actualidad veintidós academias cuidan, protegen y "dan esplendor" a esta lengua maravillosa. La Academia registra el uso real de las palabras en el habla viva, ya que éstas tienen su propia vida e historia. Conviene recordar a todo aquel en trance de ser oído o leído el certero juicio de Lázaro Carreter: "...no debería olvidar nunca que casi todo puede decirse, como mínimo, de otra manera que tal vez sea mejor, mas clara, mas rotunda, mas irónica, menos enrevesada, mejor ajustada al asunto, a su intención, a las expectativas de quienes han de leerlo u oírlo, y al momento. (Ah, la consabida excusa de la prisa, que a tanta desidia o a tanta torpeza suele servir de paradero)".

En suma, nacemos en un idioma de lejano viaje en el tiempo; rico tesoro hacia el que estamos obligados de cuidar, enseñar y propalar a las gentes en sentido lato. Y, para finalizar cerremos este capítulo dando la palabra a la Real Academia de la Lengua: "La correcta escritura, el buen uso del léxico y el

dominio de las reglas gramaticales constituyen los tres grandes ámbitos que regulan la norma de una lengua...".

Referencias

1. Gil Extremera, B. La importancia del lenguaje. Fonendo 1:4;1984
2. Gil Extremera, B. Anglicismos en la lengua española. VI Reunión Nacional y I Internacional, Sociedad Española de médicos Escritores. Granada 12-14 de octubre de 1992
3. Diccionario terminológico de ciencias médicas. 13ª ed. Masson, Madrid, 1998
4. Lázaro Carreter, F. El dardo en la palabra. Galaxia Gutenberg, 1ª ed. Barcelona 1997.
5. Gil Extremera, B. La medicina, pasado y presente. Ed. Alhulia, S.L. Granada, 2008
6. Vargas Llosa, M. Discurso, investidura de Doctor Honoris Causa. Universidad de Granada, 2009
7. Gil Extremera, B. Enfermos ilustres. Enfermedad, fuerza creadora Ed. Alhulia, S.L. Granada, 2010
8. Vargas Llosa, M. Elogio de la lectura y la ficción. Discurso Nobel, 7 diciembre de 2010; Fundación Nobel 2010
9. Ortografía de la lengua española. Ed. Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española. Espasa Libros, S.L.V., Madrid, 2010